

UNO

No imaginas la puerta a lo desconocido que abre la caricia de tu lengua en mi dedo. Piensas que me conoces, pero en un instante te darás cuenta del error. Entonces ya será demasiado tarde. ¿Empiezas a perder la movilidad? Es lo esperado. No te preocupes, en adelante sólo necesitarás tus oídos.

Qué imagen más tierna dibuja tu silueta en la pared. Así pareces un ser inofensivo. Indefenso, como estás, hasta es posible enternecerse. Déjame que te acaricie despacio el pelo. ¿Cuándo empezaste a llenarte de canas? A cualquier otra persona, seguramente, empezarían a venirle las lágrimas. Pero no a ti. La soberbia te ha enfriado tanto el corazón que tus ojos olvidaron cómo llorar.

Respóndeme algo: ¿en realidad es necesario el exceso de contraste en la decoración? Blancas las paredes, blanco el techo, blancos los sillones, blanca la alfombra... Y luego, este enorme piano, totalmente negro, salvo las teclas, claro, pero éstas repiten el mismo esquema. Si tan solo estuviera abierta la tapa de la caja de resonancia.

¿Para qué la flor roja en la mesa de centro?

Es extrañamente hermoso, no lo niego, pero como todo en ti, este ambiente posee una belleza siniestra, un equilibrio bestial, que lejos de tranquilizar el espíritu violenta la espontaneidad.

Sé que allí dentro, muy en el fondo, albergas la esperanza de que esto sea sólo una pesadilla y confías en despertar en tu cama dentro de algunos minutos. Retomar inmediatamente el control y renegar una vez más del mundo de los sueños y de tu eterna imposibilidad de comprender sus caprichosos desvaríos. Olvídalo.

La vida es un relato desesperado. Generalmente, quien lo escribe, se niega a aceptarlo y elude sistemáticamente poner el punto final. Entonces alguna circunstancia ajena a su voluntad llega y termina el cuento sin la más mínima consideración.

No hay escape, todo termina. La cadena de sucesos necesita forzosamente una última consecuencia, a la que ya no le quedan posibilidades.

Para ello estoy aquí.

Pero, por ahora, haz de cuenta que este es el principio. Permite a tu conciencia resbalar por el tiempo perdido y regresar al origen. Así podrás empezar a vivir de nuevo. ¿Te parece difícil? Puedes utilizar alguna de las antiguas fórmulas, tan socorridas. Por ejemplo: había una vez... O esta otra: érase que se era... Y hasta: en un lejano país, caótico, violento y absurdo...

Veo que aún puedes mover uno que otro músculo de la cara. Si acaso lo piensas, te equivocas, mi deseo no es torturarte. No soy como tú. Simplemente necesito saber tu versión de la historia. No importa

si no puedes hablar, no lo necesitas. Sólo sumérgete en los recuerdos y yo seré capaz de ver.

Cuando llegue el momento justo, empezaré a llenar los espacios que olvidaste, los que ignoras o los que, a propósito, ocultas.

Me callo. ¿Puedes empezar, por favor?